

ticia y de admiración, que lo que el historiador dice de éste, puede justamente repetirse del General Bolívar, con relación al General San Martín: que son los dos hombres realmente grandes de la Revolución americana!

Santa Fe de la Vera Cruz (R. Argentina), 25 de febrero de 1983, en el 205º aniversario de su nacimiento.

DE LA SOLIDARIDAD AMERICANA DE BOLIVAR A LA SOLEDAD LATINOAMERICANA DE GARCIA MARQUEZ

Vicente Pérez Silva

Doctor en Derecho de la Universidad del Cauca.
Historiador y Escritor.
Bogotá, D. E.

(Al Maestro Rodrigo Arenas Betancur, autor del "Bolívar desnudo" de Pereira y en homenaje a su próximo Monumento a la Raza).

El miércoles 8 de diciembre de 1982, año de grata recordación para los colombianos en los anales de la cultura universal, dos días antes de ser galardonado con el premio Nobel de Literatura, el escritor Gabriel García Márquez, autor de la consagrada novela **Cien años de soledad**, pronunció un discurso en la Academia Sueca de Letras de Estocolmo, no por lo breve menos llamativo y trascendente, cuyo tema de fondo, que nos ha llamado poderosamente la atención, fue el de **la soledad de América Latina**.

Luego de algunas fascinantes reminiscencias que se pierden en el confín de los tiempos de América y de señalar la realidad descomunal, "que no es la del papel", vivida y padecida en algunos países americanos, el expositor nos muestra estupefacto el "nudo de nuestra soledad"; soledad que descifra ante la audiencia y ante el mundo con estas palabras:

"Pues si estas dificultades nos entorpecen a nosotros que somos de su esencia, no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretarnos. Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios..."

Pero esta soledad, no solamente tiene una interpretación de carácter histórico, sociológico y psicológico, sino que también contiene una dimensión, un llamamiento y una admonición. Sus términos no pueden ser más claros, más terminantes ni más significativos. Es la expresión inmersa en un piélago de la más indeseada soledad, porque es la soledad de los pueblos desprotegidos, superpoblados, pobres, en una palabra, subdesarrollados.

"No pretendo, dice García Márquez, encarnar las ilusiones de Toño Kroger, cuyos sueños de unión entre un norte casto y un sur apasionado exaltaba Thomas Mann hace 53 años en este lugar. Pero creo que los europeos de espíritu clarificador, los que

luchan también aquí por una patria más grande, más humana y más justa, podrían ayudarnos mejor si revisaran a fondo su manera de vernos. La solidaridad con nuestros sueños no nos hará sentir menos solos, mientras no se concrete con actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo.

“América Latina, prosigue nuestro premio Nobel, no quiere ni tiene porqué ser un alfil sin albedrío, ni tiene nada de quimérico que sus designios de independencia y originalidad se conviertan en una aspiración occidental. No obstante, los progresos de la navegación que han reducido tantas distancias entre nuestras Américas y Europa, parecen haber aumentado en cambio nuestra distancia cultural. ¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de un cambio social? ¿Por qué pensar que la justicia social que los europeos de avanzada tratan de imponer en sus países no puede ser también un objetivo latinoamericano con métodos distintos en condiciones diferentes? No: la violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia es el resultado de injusticias seculares y amarguras sin cuento, y no una confabulación urdida a tres mil leguas de nuestra casa. Pero muchos dirigentes y pensadores europeos lo han creído, con el infantilismo de los abuelos que olvidaron las locuras fructíferas de su juventud, como si no fuera posible otro destino que vivir a merced de los dos grandes dueños del mundo. Este es, amigos, el tamaño de nuestra soledad”.

Una soledad de semejantes proporciones y proyecciones bien merece, aunque no sea con la detención y profundidad requeridas, un estudio a la luz de los acontecimientos históricos y de las circunstancias que a nuestro parecer causan esta soledad en el concierto de las relaciones internacionales. Para decirlo de una vez por todas, creemos que nada se opone tanto ni de manera tan manifiesta a la soledad de que nos habla García Márquez, como la solidaridad de los países americanos, concebida por el genio que amó, soñó y batalló a todo trance por la causa de América.

Para establecer esta contraposición es preciso acudir a las fuentes de donde mana esta sólida y reiterada manifestación de la unidad y de la solidaridad americanas. Concepción propia de un visionario de los destinos de América y de un experto en las lides del derecho internacional americano y, desde luego, en el delicado tratamiento de asuntos diplomáticos. No sin razón, Bolívar

ha sido considerado el precursor del **panamericanismo** y lo que es más, el precursor de las organizaciones internacionales contemporáneas. Ciertamente, Bolívar fue el abanderado de aquel ideal panamericano bien entendido y enunciado en la famosa **Carta de Jamaica** que posteriormente trató de realizar en el Congreso de Panamá, y que en el presente siglo cobró vida jurídica en la llamada **Carta de la Organización de los Estados Americanos**, firmada en Bogotá el 30 de abril de 1948, año y mes de infausta memoria para los colombianos, en desarrollo de la IX Conferencia Panamericana.

Sin lugar a duda, la contribución de Bolívar al progreso y al desenvolvimiento del derecho internacional fue sobremanera valioso, de gran magnitud y trascendencia. A tal punto, que el tratadista Francisco José Urrutia no pudo menos de expresar: “En la mente de Bolívar, en el cerebro fecundo de aquellos hombres extraordinarios que lo acompañaron en la propaganda de los principios civilizadores de justicia internacional, están los mejores gérmenes de lo que se llama hoy por algunos el derecho internacional americano...”

Aún más, el historiador y ex-canciller de la República, doctor Indalecio Liévano Aguirre en su denso ensayo titulado **La independencia Americana. Factores de desintegración de la comunidad (Nuestra América, N° 2, Tunja, diciembre de 1982)** consigna esta manifestación: “El Libertador fue el personero arrogante de la causa de unos pueblos de carne y hueso y la Liga confederal perpetua con que él soñaba era una Liga de las Repúblicas hispanoamericanas, destinada a ser el vocero de sus intereses comunes y a permitirles “discutir —como él decía— sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo”.

Sobra decir que nada nuevo agregamos a estas líneas si afirmamos que Bolívar, el gran forjador de naciones y propulsor convencido de la unidad americana, fue un consumado internacionalista, en la más estricta acepción que esta palabra entraña. Para sacar adelante esta afirmación, bástanos citar al acaso y a manera de simple referencia, aquella comunicación que Bolívar le dirige desde Angostura, el 6 de agosto de 1818, al señor B. Irvine, agente de los Estados Unidos de la América del Norte, cerca a la República de Venezuela, en relación con las “indemnizaciones pedidas por las condenas hechas de las goletas americanas Tigre y Libertad, apresadas por las fuerzas marítimas de Venezuela”. Aquí podemos

apreciar, sin el mayor esfuerzo, toda la claridad de sus conceptos jurídicos, la fuerza de su argumentación y la lógica contundente de sus planteamientos.

Si reparamos por un momento en los autores predilectos de Bolívar no es de extrañar el caudal de conocimientos jurídicos de que fue dueño y los cuales se reflejan a lo largo de su correspondencia y de sus documentos medulares: la **Carta de Jamaica**, el **Discurso de Angostura**, el **Mensaje sobre la Constitución de Bolivia**, entre otros. Y en realidad, como bien lo sabemos, Bolívar fue apasionado lector de Bentham; de Montesquieu, consagrado autor de **El espíritu de las leyes** (Ginebra, 1749), obra que trata de derecho civil, derecho positivo, historia y política; Voltaire, literato, filósofo y político; y, Rousseau, autor, entre otras obras de **El contrato social o principios del derecho político** (París, 1827) y quizás el autor de su mayor afecto intelectual. Montesquieu y Rousseau, conviene recordarlo, fueron en su época los divulgadores de cuatro teorías fundamentales: la de la soberanía popular, la de la separación de poderes, la de los derechos del hombre y la de las constituciones escritas.

En el deseo de acrecentar sus conocimientos jurídicos, Bolívar le escribe desde Caracas, el 15 de enero de 1827, a Jeremías Bentham: "...Espero con ansia que la bondad de Ud. se sirva dirigirme nuevamente las obras de legislación civil y judicial, juntamente con las educación nacional, para estudiar en ellas el método de hacer bien y aprender la verdad, únicas ventajas que la Providencia nos ha concedido en la tierra, y que Ud. ha desenvuelto maravillosamente prodigando con profusión sus gozes a los individuos de nuestra desgraciada especie, que largo tiempo sufrirán todavía el mal y la ignorancia..."

Definitivamente, Bolívar, en su afán de prodigar la libertad a los pueblos de América, no solamente dedica su vida a los menesteres de la guerra, sino que también dispone del tiempo necesario para adentrarse en el estudio de las obras de ciencia, mayormente, de aquellas que dan luces al estadista y al gobernante para el más acertado manejo de sus pueblos.

Hemos dicho que Bolívar fue el adalid de la causa americana, es decir, de la unidad de América, ideario al cual consagró todas sus capacidades intelectuales y su más denodado empeño de estadista. "Fue el Libertador Simón Bolívar, anota Javier Ocampo López en su magnífica obra **Historia de las ideas de integración de**

América Latina (Tunja, 1981), quien más luchó con todos sus esfuerzos por la unidad de la **patria americana** y por transmitir a sus contemporáneos el sentimiento nacionalista de "**la americanidad**".

En el **Manifiesto de Cartagena**, 15 de diciembre de 1812, Bolívar transmite la idea acerca de la solidaridad de los pueblos americanos ante la amenaza de la invasión española. "**Yo soy de sentir** —dice— que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas...". En la proclama a la División del General Urdaneta, expedida en Pamplona el 12 de noviembre de 1814, Bolívar hace esta categórica afirmación, compendio de su ideario americano: "Para nosotros la **Patria es América**; nuestros enemigos los españoles; nuestra enseña la independencia y la libertad".

Sin embargo, el pensamiento de mayor importancia y trascendencia en la política internacional de Bolívar, fue el de congregar los nuevos estados libres y crear una gran república que se defendiese de Europa, sirviera de contrapeso a los Estados Unidos y el Brasil y que pesara en las decisiones políticas del mundo. Viene entonces la famosa **Carta de Jamaica**, llamada también la **Carta Profética** en la que su autor expone, con la visión propia de un estadista, las ideas de unidad continental:

"Yo deseo —escribe Bolívar— más que otro alguno ver formularse en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria".

Y más adelante agrega:

"Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres, una religión, deberían por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América..."

"Lo anterior, escribe el mencionado historiador Ocampo López, nos señala que la **americanidad** para el Libertador Simón Bolívar está alrededor de "**patria americana**", la nación grande que integra a los pueblos que tienen una misma lengua, costumbres, tradiciones, religión y que se ufana ante el mundo de la hermandad de las naciones que surgieron después de la conquista española

y portuguesa. Es la idea de la americanidad que aparece como una fuerza vital en el destino de estos pueblos con una historia semejante y con la tradición de más de cuatro siglos y medio. Es la americanidad que ofrece un lenguaje común de hermandad alrededor de una patria que fue objeto de la lucha de los libertadores: **América**".

Siempre consecuente con el ideal que se ha trazado en pos de la unidad americana, en carta dirigida desde Angostura el 12 de junio de 1816 al señor Juan Martínez Pueyredon, Director de las Provincias del Río de la Plata, Bolívar expresa con el convencimiento que tiene de su causa:

"Una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido perfecta unidad...

"Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes, y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos, con el más vivo interés en entablar, por nuestra parte, el **pacto americano** que, formando de todas nuestras repúblicas un **cuerpo político**, presenta la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La **América así unida**, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la **reina de las naciones y la madre de las repúblicas**".

En atinado comentario a esta manifestación bolivariana, Ocampo López, puntualiza:

"La americanidad del Libertador fue el fuego interno que avivó la independencia y la libertad; se convirtió en una fuerza vital que unificó los intereses hacia la causa de **América** integrada, libre y soberana ante la faz del mundo. La americanidad tuvo en el ideario del Libertador los esfuerzos hacia la **unidad de los pueblos**, a sus políticas de ayuda fraternal en la independencia y a la búsqueda de los contactos para las mutuas relaciones. En esta idea, la americanidad apunta a la idea de la **solidaridad continental** a través del **pacto americano** y resume en especial el pensamiento de Bolívar, expresado en varios documentos y en diversas circunstancias y entre ellas, al iniciar su carrera en 1810".

Posteriormente, en comunicación dirigida desde Guayaquil, el 29 de agosto de 1822, al General Bernardo O'Higgins, director

de la República de Chile, Bolívar insiste en su ideal de la más auténtica extracción americana:

"Me lisonjeo que el señor Mosquera (Joaquín), nuestro enviado, habrá tenido la honra de presentar a V.E. nuestras miras de **unidad americana**, y también me lisonjeo que V.E. animado de los mismos sentimientos que el Protector del Perú y de Colombia, aceptará gustoso el pacto de salvación que ya hemos empezado a llenar entre el Perú y nosotros".

De las manifestaciones transcritas deducimos claramente que uno de los ideales fundamentales de Bolívar fue el de lograr la unidad y solidaridad de las naciones americanas: **Una debe ser la patria de todos los americanos**. Ideal que, en la actualidad, parece que está totalmente ausente de la mente, del afecto y de los programas de los gobiernos que se hallan al frente de los países americanos. Las actuaciones y preocupaciones de estos gobernantes giran en otras órbitas y se encaminan hacia otros intereses. No vemos, por parte alguna, una política auténticamente americana.

Por otro aspecto, el derecho internacional se deshace sistemáticamente en manos de las grandes potencias y se diluye en un sinnúmero de actas, acuerdos, hipótesis de acuerdos, convenciones, declaraciones, pactos, tratados y cuantas manifestaciones puedan plasmarse al calor y la euforia de los encuentros diplomáticos. Los organismos internacionales se limitan a prácticas meramente especulativas, en detrimento de los pueblos que representan. En el derecho internacional de nuestra época, el imperio de la retórica y de la suspicacia se sobrepone al de las actuaciones constructivas y progresistas que tanto requieren las necesidades de los pueblos. El Nuevo Orden Económico Internacional, dados los apremios, cada vez más protuberantes, de los países subdesarrollados, se ha tornado en viejo y regresivo. El armamentismo avanza hacia metas insospechadas. Sobre este aspecto de extraordinaria importancia y repercusión, el doctor Alfredo Vásquez Carrizosa, en su reciente libro **Los No Alineados** (Bogotá, 1983) hace esta escalofriante reflexión:

"El problema del hambre y la desocupación en el mundo, la misma recesión imperante en el sistema capitalista, están íntimamente ligadas a la cuestión inocultable de la desproporción de los gastos de armamentos, tanto de las dos superpotencias como de la mayoría de los países, que le sustraen al desarrollo económico y social un monto considerable de recursos.

“Armamentismo y desarrollo son los dos términos de una ecuación, en la cual a mayores inversiones en los instrumentos de la guerra menos disponibilidades habrá para las obras de paz”.

Y concluye el canciller Vásquez Carrizosa:

“Es terriblemente irónico que la transferencia más dinámica y rápida de tecnología y de equipos altamente elaborados desde los países más ricos a los más pobres, haya sido precisamente la de maquinaria para la destrucción del hombre”.

Aún más, en el capítulo **Armamentismo y desarrollo**, contenido en el interesante **Informe a la VII Cumbre de los Países No Alineados**, Fidel Castro, muy descarnadamente, nos hace estos planteamientos que, reforzados con alarmantes datos estadísticos, estremecen el ánimo a más no poder y nos pone al descubierto del que llama “despilfarro fabuloso de la más absurda carrera armamentista”. Veámoslo:

“Enfrentado a la crisis económica más grave de los últimos 50 años, el mundo contemporáneo encarna la más absurda carrera armamentista en toda su historia, que significa, por su magnitud, su poder destructivo y su grado de refinamiento tecnológico, el mayor peligro que jamás haya conocido la humanidad, y ofrece la prueba más evidente de la irracionalidad y el despilfarro que caracterizan la actual crisis de las relaciones internacionales... La humanidad dispone ya de los medios para aniquilarse a sí misma varias veces. Solamente la fuerza explosiva de las 50 mil bombas, ojivas y cargas nucleares emplazadas o almacenadas en el mundo, equivale a 16 mil millones de toneladas de TNT, más de un millón de veces la potencia destructiva de la bomba lanzada en Hiroshima. Sin embargo, **cada día es más evidente que la carrera armamentista, lejos de garantizar una mayor seguridad, en traña riesgos cada vez más graves e inmediatos...**

Y prosigue el Jefe del Estado cubano:

Dentro del preocupante contetxo general de la carrera armamentista en el mundo, **es motivo de particular alarma el crecimiento de los gastos militares en los países del mundo subdesarrollado, sobre todo teniendo en cuenta los gravísimos problemas económicos y sociales que enfrentan hoy esos países...** El comercio de armamentos representa una considerable carga sobre las débiles economías de los países subdesarrollados. Significa el más estéril, improductivo y desigual de los intercambios para esos países. El

comercio de armamentos priva al país importador de recursos que podría haber utilizado en actividades productivas. Los gastos en la importación de armamentos no generan ni un aumento en el consumo ni en la producción, ni una producción futura que permita sufragar los gastos que ocasiona, ni promueven la salud, la educación y la cultura.

Y más adelante advierte:

Las sumas dedicadas en el mundo de hoy a los gastos militares y al extraordinario despilfarro de recursos que supone la carrera armamentista, son la manifestación más evidente de la absurda demencia y la irresponsabilidad de sus ideólogos e impulsores. **La convicción de que muchos de los problemas económicos y sociales que aplastan o angustian a una parte mayoritaria del género humano, pudieran aliviarse, de manera sensible, si tan sólo una fracción de los recursos destinados a los gastos militares se utilizaran en el noble objetivo del progreso y el bienestar de los pueblos, no puede más que causar un sentimiento de incredulidad e indignación en toda mente honesta.**

Con la seguridad y clarividencia del tema que trata, Fidel Casto concluye:

“La absurda lógica que pretende buscar mayor seguridad mediante el lanzamiento de este gigantesco programa armamentista, y la proporcional respuesta que el mismo determina, han conducido al mundo, paradójicamente, al momento de mayor peligro, menor seguridad y más frágil estabilidad de toda su historia, y hace encarar a la humanidad la real posibilidad de su total y definitiva destrucción. La carrera armamentista que enfrenta hoy la humanidad, significa en realidad la amenaza más directa e inmediata para su propia supervivencia. Detenerla e invertirla, es hoy, sin duda alguna, el aporte más decisivo a la causa de la paz, el objetivo más esencial y determinante que el mundo tiene ante sí”.

El trascendental **Informe** de Fidel Castro es nada menos que el toque de alarma, es el recio somatén dado a todos los pueblos del orbe para que abran los ojos ante el peligro que hoy se cierne sobre ellos. ¿Qué le resta, entonces, a la humanidad ante esta sombría perspectiva, si realmente parece que ya vivimos en un estado permanente de guerra mental y material? Los fatídicos signos del presente nos hacen entrever más, mucho más la destrucción que la supervivencia de la especie humana. En estas circunstancias,

la tan anhelada política del desarme resulta infortunadamente tan ilusoria como incierta, tan remota como incansable. Le será dado, entonces, a nuestra doliente humanidad, así sea en un raptó de desesperación y si realmente quiere sobrevivir, interponerse con decisión y entereza al desaforado avance armamentista que parece estrangularnos sin miramiento alguno.

En fin, dos superpotencias mantienen día a día en permanente tensión e incertidumbre al resto de la humanidad que se debate entre el temor, la turbulencia, el terror, el sojuzgamiento y la impotencia.

García Márquez, desde de la Academia Sueca de Letras, formula un llamamiento para que los europeos, para que sus dirigentes y sus pensadores, vuelvan por la realidad que viven los pueblos de América. La solidaridad con nuestros sueños, exclama el escritor galardonado, no nos hará sentir solos...

Bolívar, en 1813, trazaba en estos términos la política internacional respecto del viejo continente:

“La ambición de las naciones de Europa lleva el yugo de la esclavitud a las demás partes del mundo; y todas estas partes del mundo deberán tratar de establecer el equilibrio entre ellas y la Europa, para destruir la preponderancia de la última. Yo llamo a ésto el equilibrio del universo y él debe entrar en los cálculos de la política americana”.

Ahora, claro está, vivimos otra suerte de esclavitud de la cual es imperioso librarnos mediante la decisión y el encauzamiento de una política que toque más de cerca con la realidad por la que atraviesan nuestros pueblos.

Bolívar, en pos de su ideal, lucha por la unidad y la solidaridad de los pueblos de América; su ambición no es otra que la conformación de una Patria para todos los americanos. Busca infatigable la libertad, el bienestar de los pueblos y el buen entendimiento en la relación e interdependencia de las naciones. García Márquez, con altivez y fundamento apodíctico, denuncia ante el mundo, como ya lo había hecho el gran Octavio Paz en su extraordinario libro **El laberinto de la soledad**, las adversas —por no decir denigrantes— circunstancias sociales que conforman la soledad en que se halla la América Latina y, por ende, el injusto tratamiento que padecen sus gentes ante la vista incomprensiva y reprochable de las grandes potencias. Quizás, para deshacernos de esta soledad

sea preciso soltar algún día las amarras de la dependencia, del proteccionismo, del sometimiento y volver por los fueros de la unidad y de la solidaridad de los países subdesarrollados de América.

En el desenvolvimiento de la política internacional, la de ayer y la de hoy, **solidaridad americana** y **soledad latinoamericana** son términos antagónicos, son dos concepciones de las naciones y sus pueblos que se excluyen mutuamente.

Mientras Bolívar vivió —escribe con entereza Liévano Aguirre— hubo un hombre con autoridad y con ideas para hablar a nombre del continente. Y al hablar a nombre de Hispanoamérica, Bolívar dijo, pensó y puso en marcha empresas tan trascendentales, que en este rincón del mundo se elevó al plano a donde se desenvolvía la historia de los grandes pueblos y realizó la hazaña revolucionaria de modificar situaciones e injusticias centenarias, hazaña que no ha logrado repetirse. Con razón dijo Martí: “Lo que Bolívar no hizo, está todavía por hacer en América”.

Nuestros pueblos, ahora más que nunca, requieren de un ideal estrictamente americano, como lo quiso en su tiempo nuestro padre y Libertador Simón Bolívar. La funesta **soledad de América Latina** que ha enrostrado ante el mundo Gabriel García Márquez nos hace un daño de consecuencias realmente insospechadas.